

tianización de la noción, de la vivencia y de las costumbres sociales relativas a la muerte» (295).

La mayor parte de las ponencias están dirigidas a especialistas en los respectivos temas. No se trata de una obra de divulgación, pienso que ni siquiera de alta divulgación. Excepto en la conferencia introductoria y en el Balance final, en los demás casos se abordan temas muy concretos, trabajados por verdaderos especialistas, a veces en diálogo con otros estudiosos, y expuestos también normalmente en lenguaje especializado. La obra, además de dar en su conjunto una visión bastante completa de la inculturación llevada a cabo por los Padres, ofrece aportaciones originales sobre cada uno de los temas incluidos, que no podrán dejarse de tener en cuenta en el estudio serio y científico de los mismos. Evidentemente podrían estar también presentes otros temas en los que se refleja el esfuerzo de inculturación llevado a cabo por la Iglesia en esa época, e incluso se podía haber incluido un estudio sobre la inculturación presente en los escritos del Nuevo Testamento, tal como viene sugerida en la Conferencia de apertura (p. 28-29). Pero el Simposio como tal parece que ha querido imponerse un tono y unos límites, y, dentro de ellos, el resultado ha sido magnífico. El presente volumen es prueba de ello. Sólo resta agradecer a los editores los útiles índices de citas bíblicas, autores antiguos y modernos.

Gonzalo ARANDA PÉREZ

Josep Ignasi SARANYANA (dir.) Y OTROS, *Historia de la teología latinoamericana*. Primera Parte: Siglos XVI y XVII, edición preliminar, Ediciones Eunat, Pamplona, 1996, 420 págs.

He aquí un libro que abre caminos. Esa es su gloria y también razón principal de sus limitaciones. Abre apetito y pide más. Mi enhorabuena a los autores que han sabido trabajar en equipo en un tema amplio, rico en facetas y no abordado hasta ahora sistemáticamente. Los autores son, con el director de la obra: Carmen J. Alejos, Ana de Zaballa, Luis Martínez Ferrer y María Luisa Antonaya.

Se trata del primer esfuerzo sistemático en el campo de la historia de la teología hispanoamericana. «Hispania» es la Península Ibérica, España y Portugal. Los autores designan su campo de trabajo con el término «latino-americana». Están en su perfecto derecho. Una persona, o una institución puede ser identificada también en parte por sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos. Pero solamente es hijo de sus padres, aunque en alguna época de su vida haya querido darse lustre con las glorias de otros antepasados.

Yo hubiera hablado de teología hispano-americana en los siglos XVI y XVII, por dos razones: porque así fue objetivamente y porque las naciones de Centro y Sudamérica irán reconociendo progresivamente sus orígenes y encontrando su propia identidad. Tan sólo quien se encuentre consigo mismo y con su historia real sabrá de dónde viene y hacia dónde va, y terminará desarrollándose a sí mismo en plenitud. Sé que «hispanoamericano» no es palabra grata en determinados ambientes, pero refleja una realidad fundamental innegable.

Lo sucedido en los siglos XIX y XX a América hispana acaeció también en Roma con relación a Grecia y en las naciones desmembradas del Imperio Romano con Roma. Nunca las reacciones son iguales, porque las circunstancias son diversas y, antiguamente, no eran tan considerables los intereses económicos ni la capacidad de propaganda.

La obra se divide en cuatro excelentes capítulos: posibilidad de una teología americana (I); teología profética de los siglos XVI y XVII (II); teología académica en ese período (III), y teología subyacente y viva en las asambleas eclesiásticas de aquel tiempo (IV). Unas palabras sobre cada uno de esos apartados. De ese modo se presenta de manera fehaciente la realidad de la teología en el Nuevo Mundo, y se puede hablar con naturalidad de una teología americana, como se habla de la española, francesa, alemana, italiana...

Felicito al autor o autores del capítulo primero, dedicado a la posibilidad de una teología americana. Es continuación de no pocos escritos consagrados a la posibilidad de una filosofía americana. Capítulo muy erudito. Parte de las famosas *Prelecciones sobre Historia de la Filosofía* de Hegel («Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie») y sintetiza con precisión los escritos y posturas relacionados con el tema.

La existencia de una teología en América en una realidad incluso cuantificable. No cabe discutir sobre su posibilidad, aun cuando no falten autores que intenten orientarla hacia diversas finalidades. Lo mismo ha acaecido con otras disputas culturales a lo largo de la historia. Ejemplo interesante y similar, la disputa sobre la existencia o inexistencia del renacimiento en España, o sobre si los españoles han aportado algo a la historia universal.

Basta asomarse a las ciudades españolas o hispanoamericanas para responder a lo primero. Miguel León Portilla ha escrito sobre la filosofía natural sin detenerse en probar la posibilidad de la misma. Un viejo aforismo escolástico afirma: «De facto ad posse valet illatio». Existe esa teología. No gastemos tiempo en probar su posibilidad, sino en estudiar su origen y desarrollo.

Otra cosa es si esta teología hecha en América tiene que ser exclusiva o principalmente para América. Me encanta hablar de América hispana como unidad lingüística, eclesial, política y pastoral. ¿Qué pensar de nuestro tema? Los teólogos reflexionan desde la razón sobre la revelación divina en lo que se refiere a Dios, al mundo y especialmente al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello toda teología tiene un destino universal, a la vez que responde a los problemas de la sociedad de cada época y de cada geografía. La teología hecha en América, en los siglos historiados en este libro es también teología para América. Los hombres de su tiempo. El mismo tema de la teología de la liberación, que ha agudizado en gran parte el encuentro de posturas enfrentadas es problema universal, evangélico, paulino, de la tradición cristiana, y no se ciñe exclusivamente a Centro y Sudamérica; lo mismo acaeció con el tema de la iluminación divina y con el de la fe en distintas épocas. ¿Sucedería ahora, lo que en otras ocasiones, que con las mismas palabras se significan cosas distintas?

Toda teología se hace en un contexto espiritual, cultural y geográfico concreto; trata de poner la luz de la revelación en los problemas de la sociedad y de la cultura des-

de la fe, la esperanza y el amor. Se centra en Dios que ama gratuitamente al hombre y en este que responde a esa llamada por amor. ¿Caben concreciones más universales y universalidades que Dios, hombre y amor?

Los autores se fijan en los siglos XVI y XVII. Incluso distinguen en esa teología dos períodos: 1492-1580 y desde ahí en adelante. De acuerdo con que en el entorno de 1580 algo cambia decisivamente en la historia cristiana de América en lo referente a la evangelización y a la teología. Por entonces, o poco antes, termina la época de la conquista y se acentúa la de una ordenación más estable y menos personal y cambiante.

Pero a la vez afloran aspectos de interés que acentúan profundamente el cambio en el terreno de la teología y de la evangelización. Destaco entre ellos el inicio del gobierno de los criollos en las órdenes mendicantes. Fenómeno considerado como decisivo en la historia del siglo XVIII, se adelanta más de un siglo en las órdenes religiosas. Era normal y deseable que eso acaeciese.

Al historiador compete analizarlo en su vertiente positiva y menos positiva. Eso mismo acaece en las familias y sociedades, cuando el niño llega a mayor edad pletórico de juventud y falta de experiencia, o a los pueblos jóvenes cuando alcanzan la independencia.

En el segundo capítulo considero un valor grande en sí el hecho de historiar la teología profética de la cristianización. Acierto en el tema y en su tratamiento. Me hubiera gustado que los autores hubiesen destacado más el aspecto de la pobreza evangélica, que llevó a los mendicantes a renunciar incluso a tener «propios», hasta el entorno de 1570. La pobreza evangélica de sí mismo y la espiritualización traspasan la vida toda de los primeros evangelizadores. Las decisiones de Medellín y el establecimiento del CELAM constituyen un retorno importante de la Iglesia hispano-americana a sus fuentes. Mi enhorabuena por reincorporar la pastoral, la misión y el derecho canónico a la historia de la teología y por romper en ella los estrechos linderos de la escatología y entroncar todas las ramas no lógicas en la fuente única de la teología integral, de la cual se han separado en exceso y con pérdida de contenido.

El capítulo tercero se mantiene en la línea de apertura de caminos de futuro. Muy contados autores habían tratado de la historia de la teología académica, la más fácil de estudiar. Entre ellos hay que destacar a Ernesto de la Torre Villar en varios artículos sobre la teología en Nueva España y los de Jesús Díez Antoñanzas y de José Ignacio Saranyana. Tanto de la Torre Villar, como Decorme, Díez Antoñanzas y Saranyana hablan expresamente de la teología de Nueva España durante la época colonial. Es su nombre de pila, que marca su identidad. ¿Por qué tener miedo a usarlo? Sé lo que hay por debajo, y yo he usado muchas veces el adjetivo latino-americano, pero cada vez gusto más de retornar a las fuentes, como expresión de respeto a la realidad y ayuda a entenderla más fácilmente (cuando se trata de los siglos XVI y XVII). La espiritualidad que algunos historiadores atribuyen a los Doce Apóstoles de México y a los primeros evangelizadores, a mi parecer, no coincide con la de los franciscanos misioneros, sino con otra u otras trasplantadas desde nuestros días a los protagonistas de la evangelización fundante. Los autores de esta *Historia de la Teología latinoamericana* son muy respetuosas con los ideas

y vivencias de aquellos héroes. El pasado no debe ser forzado en función del presente, sino estudiado en sí mismo y en su circunstancia. Desde ello iluminará con facilidad el presente.

El equipo de Saranyana: Carmen Alejos-Grau, Luis Martínez Ferrer, Ana de Zabella y María Luisa Antonaya se ciñe al estudio de las Facultades de Teología de las Universidades de México y Lima, creadas por Carlos V en 1551 y del Colegio Máximo de los jesuitas de México. Abren camino historiando esas academias. Esperan su turno en los archivos las demás Facultades de Teología de las Universidades sudamericanas, así como los centros de formación de dominicos, agustinos, jesuitas y franciscanos.

Gran acierto el de presentar algunos de aquellos profesores y el análisis de sus obras. Ello ayudará a valorar los intentos de transplantar algunas de sus afirmaciones a nuestro tiempo y de ver en ellas contenidos de la teología de la liberación. La misión de la historia no es forzar la realidad del pasado sino presentarla con objetividad.

La teología de los siglos XVI y XVII, lo mismo que el derecho, o la medicina, fue como fue. Al historiador compete adentrarse en ella con respeto y con decisión, sin violentarla en función de intereses más o menos acertados. Es evidente que la universidad americana no es una simple repetición de Salamanca, Alcalá o Valladolid. Desde el principio lo mismo la teología profética que la académica muestran una peculiar personalidad en México y Lima, que se afianzará en Buenos Aires y en otras universidades, sin perder el sello universal de toda teología.

El capítulo IV otea también horizontes nuevos: los de la teología que se expresa o subyace en las juntas apostólicas, concilios provinciales y sínodos americanos. Todos ellos forman una recia unidad interna, aunque cada uno tenga su carácter canónico.

Llamo la atención sobre el tratamiento que se otorga a las juntas eclesiásticas de México, celebradas entre 1524, apenas llegados los Doce Apóstoles franciscanos, hasta 1555. Son los momentos fundantes de la Iglesia continental americana. Los autores siguen la línea de Cristóforo Gutiérrez, *Las primeras juntas eclesiásticas de México* (1524-1555). Roma, 1991. El campo teológico-pastoral abierto por los autores es amplísimo y de enorme trascendencia en la historia de la teología.

A continuación estudian de modo especial los concilios de Sevilla (1512), a cuya provincia eclesiástica pertenecieron las primeras diócesis de las Antillas y América Central; los Concilios mexicanos de 1555, 1565 y 1585; los limenses de 1551, 1567 y 1582; los de Santo Domingo (1622) y Santa Fe de Bogotá (1582). Así mismo los sínodos de Quito (1570, 1594 y 1596) y de Manila de 1582.

Repito mi enhorabuena al equipo que firma la obra y especialmente al director que ha acertado a conjuntar voluntades y especialidades: teólogos, canonistas, historiadores, paleógrafos. Gracias a todos ellos poseemos una síntesis en estado muy avanzado de una historia importante que parte casi de cero. Mis mejores deseos de ver cuanto antes culminado el proyecto. El capítulo primero y algunos apartados de los capítulos siguientes, que exhalan aromas del Dr. Saranyana, director de la empresa, que habían sido adelantados en publicaciones anteriores según los casos, deberían llevar la firma del autor

principal. No perdería la gloria del equipo y, acaso, ganase en autoridad académica y en posibilidad de consulta de las personas interesadas.

Considero un acierto ofrecer la bibliografía especializada al final de cada capítulo. Resulta mucho más útil que las grandes bibliografías generales, generalmente demasiado engordadas y menos útiles.

Melquiades ANDRÉS-MARTÍN

Georg SCHÖLLGEN-Clemens SCHOLTEN (eds.), *Stimuli. Exegese und ihre Hermeneutik in Antike und Christentum. Festschrift für Ernst Dassmann*, Aschendorf Verlag («Jahrbuch für Antike und Christentum». Ergänzungsband 23), Münster 1996, xx + 621 pp. + 8 fotografías.

Este libro-homenaje está dedicado al Prof. Ernst Dassmann, Ordinario de Historia de la Iglesia (Edad Antigua) y Patrología de la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Bonn, con motivo de su jubilación en 1996. Se titula *Stimuli* porque es tradición en la escuela histórica de Dölger, a la que Dassmann pertenece, titular un libro-homenaje mediante una palabra griega o latina que, además de facilitar en razón de su brevedad la denominación y la consiguiente localización del volumen, permite sintetizar con una sola voz la tarea investigadora del profesor homenajeado. En este caso concreto, la elección del término latino *stimuli* responde, primeramente, al título de uno de los libros más representativos del Prof. Dassmann (*Der Stachel im Fleisch*: «Stachel», es decir, estímulo) y, además, pone de relieve que toda su labor investigadora ha servido de «estímulos» para abrir o profundizar en nuevas líneas de investigación arqueológica, histórica y patristica.

Esta obra pretende profundizar en uno de los intereses más actuales en los modernos estudios de Patrología, la recepción de la Escritura en la Iglesia Antigua, y, para ello, se centra sobre todo en los principios hermenéuticos con los que cristianos, judíos y paganos interpretaban en la antigüedad sus sagradas escrituras y tradiciones autorizadas.

Después del prólogo y de una extensa *tabula gratulatoria*, se presenta un elenco completo de las publicaciones de Dassmann desde 1963 hasta 1995 (pp. xiii-xix). A continuación se suceden cuarenta y seis artículos de distintos especialistas, agrupados en cinco partes, si bien el primero de ellos, en atención a su carácter introductorio, antecede a esa división de cinco grupos temáticos.

En efecto, el primer artículo, elaborado por A. M. Ritter, pregunta si la historia del dogma se puede identificar con la historia de la exégesis bíblica. Para responder a esta interesante cuestión, Ritter se remonta al debate entre intelectuales alemanes de los años cincuenta a propósito del carácter teológico y, a la vez, histórico de la disciplina científica Historia de la Iglesia. A partir de ahí pasa revista a las distintas posiciones que los historiadores eclesiásticos de Alemania, tanto católicos como protestantes, han adoptado en este debate a lo largo de los últimos cincuenta años; así resulta interesante com-